

T. 3.

P. 159.



S. JUAN DE DIOS.

DIA OCTAVO.

SAN JUAN DE DIOS.

San Juan de Dios fué portugués, y nació en Montemayor la Nueva, á 8 de marzo de 1495. Fueron sus padres unos pobres oficiales, pero temerosos de Dios, y muy inclinados á la hospitalidad. Habiendo hospedado en cierta ocasion á un pobre sacerdote que iba camino de Madrid, el niño Juan, que á la sazón tenia solos nueve años, con impulso pueril tuvo gana de seguirle; y escapándose de su casa, se arrimó al sacerdote, el cual hallándose embarazado con aquel chico, le dejó en el camino en la villa de Oropesa en Castilla. Viéndose Juan desamparado, se acomodó con un pastor, que le recibió por zagal.

Portóse con tanta fidelidad y con tanta cordura, que se granjeó el cariño de todos sus compañeros; pero cansado de aquella vida simple y campestre, sentó plaza de soldado en una compañía de infantería, y marchó á Fuenterrabia, que tenia sitiada Carlos V con intento de volverla á recobrar de los franceses. Hasta entonces habia conservado el candor de la inocencia; pero la licencia militar, y el mal ejemplo de sus camaradas le precipitaron presto en los mayores desórdenes.

Salió un dia destacado en una partida que iba á forrajear, y le hicieron montar una yegua dura de boca y espantadiza, la cual se encabritó á la vista de los enemigos, y le arrojó contra unos peñascos, maltratándole el cuerpo con tan violento golpe, que comenzó á echar sangre por boca y por narices, quedando sin

movimiento, sin sentido y sin habla por espacio de dos horas. Volvió en sí; y reconociendo el peligro, se puso como pudo de rodillas, é invocó á la santísima Virgen, á quien habia profesado una tierna devocion desde su infancia, aunque se habia olvidado mucho de ella desde que estaba en la milicia. Acabada su oracion, se sintió con fuerzas, y pudo arrastrando el cuerpo retirarse al campo. Allí fué socorrido; y á pesar del escarmiento no por eso mejoró de costumbres.

No habiendo bastado á convertirle este primer aviso, tuvo otro que fué mas eficaz. Habíanle mandado guardar cierto bagaje, que se habia quitado al enemigo; y él por descuido, ó por demasiada confianza, se le dejó hurtar. Irritado el capitan, y queriendo hacer un ejemplar castigo para escarmentar la negligencia de otros, hizo que le sustanciasen la causa, y le sentenció á horca. Ibase ya á ejecutar la sentencia, cuando, movido de compasion, un oficial general intercedió por él; concediósele la vida, pero con la condicion de ser arrojado ignominiosamente del campo, y que jamás volviese al ejército.

Viendo que el oficio de soldado le habia probado tan mal, se restituyó á Oropesa; volvió á buscar á su amo antiguo, y volvió tambien á su antiguo oficio de pastor; pero igualmente se volvió á cansar presto de aquella vida ociosa y holgazana. Supo que el conde de Oropesa hacia levas por el duque de Alba para ir á Hungría contra el Turco; alistóse en ellas, pasó á Hungría; pero habiéndose retirado los Turcos, fueron despedidas las tropas españolas. Desembarcó Juan en la Coruña, y allí tuvo noticia de que su madre habia muerto de pesadumbre poco despues que él la habia dejado; y que muerta esta, su padre, retirándose del mundo, habia acabado santamente su vida en un convento. Esta noticia le enterneció hasta hacerle derra-

mar lágrimas, y se puede contar esta por la primera época de su conversion. Avergonzado de su irresolucion, y encendido en fervorosos deseos de hacer penitencia, hizo una confesion general muy dolorosa, y para asegurar mejor su salvacion, determinó pasar al Africa en busca del martirio.

Embarcóse en Gibraltar, y en la misma embarcacion halló á un caballero portugués que iba desterrado á Ceuta con su mujer y cuatro hijas. Viendo la miseria á que se hallaba reducida aquella pobre familia, y tocado de aquel inagotable fondo de compasion y de caridad con que habia nacido, y que fué siempre su distintivo y su carácter, no solo se ofreció á servirla de criado, sino que iba á trabajar de peon en obras públicas para ayudarla á mantenerse con el triste jornal que ganaba.

Estuvo algun tiempo en Ceuta, hasta que, desengañado por su confesor de que eran ilusiones aquellos deseos del martirio, resolvió volverse á España. Embarcóse, y en la navegacion padeció una furiosa tempestad, que atribuia á sus pecados. Arribando á Gibraltar, para mantenerse el tiempo que allí se detuvo, vendia estampas y libritos de devocion.

Yendo un dia á cierto lugarcito vecino, se le apareció el Hijo de Dios en forma de un hermoso niño, que caminaba á pié con los piececitos descalzos. Compadecido Juan, se quitó los zapatos, y se los dió al niño; pero este no los quiso admitir, diciendo que eran grandes para sus piés. Entonces Juan se echó al niño sobre los hombros, comenzó á caminar, y como le pesase mucho la carga, bajó al niño, y se sentaron los dos junto á un arroyo. Escogió el niño Jesus aquella ocasion y lugar para darse á conocer, y mostrándole en la mano una granada abierta, de cuyo centro salia una cruz, le dijo: *Juan de Dios, Granada será tu cruz*; y al punto desapareció. Quedó Juan

inundado en un dulcísimo consuelo; mas por entonces no comprendió el misterio.

Teniendo noticia del concurso y de la solemnidad con que se celebraba en Granada la fiesta de san Sebastián, determinó pasar á aquella ciudad, pareciéndole que con esta ocasion despacharía en ella sus estampas. Picóle la curiosidad de oír el sermón del famoso maestro y santo padre Juan de Avila, llamado el apóstol de Andalucía; y el Señor, que le habia llevado allí, encendió en su corazón un arrepentimiento tan vivo, y una contrición tan perfecta de sus pecados, que sin poderse contener llenó la iglesia de sollozos y de gritos descompasados; y soltando las riendas al dolor, se daba recios golpes de pecho, se mesaba la barba, se arrancaba los cabellos, daba fuertemente con la cabeza contra las paredes; y saliendo por las calles y las plazas, iba gritando como hombre fuera de sí: *Señor, misericordia!*

Todos se persuadieron de que habia perdido el juicio; y teniéndole por loco, le fué siguiendo el populacho. Los muchachos le tomaron por su cuenta; y persiguiéndole á pedradas, le fueron llevando hasta su posada, adonde llegó todo ensangrentado, y no sosegó hasta que dió cuanto tenía, repartiendo entre los muchachos toda su pobre tienda. Desprendido ya de todo, volvió segunda vez á correr por las calles como si estuviera demente. Compadecidas algunas personas caritativas, le cogieron y le llevaron al maestro Avila, quien retirándole aparte, supo de él el motivo que tenía para prorumpir en aquellas locuras aparentes. Comprendió aquel gran maestro todo el mérito de tan heroica simplicidad; admiró el valor de aquel humilde penitente, y no ofreciéndosele por entonces que aquello pudiese tener otras consecuencias, se contentó con exhortarle á una gran confianza en la misericordia de Dios, y con prome-

terle su asistencia y su proteccion para cuanto se le ofreciese.

Consolado Juan con las palabras del siervo de Dios, y persuadido siempre de que por mas que se humillase, nunca seria tanto como merecian sus pecados, apenas salió de su presencia, cuando volvió á sus voluntarias locuras. Pareció á los que cuidaban del hospital que era necesario recogerle; encerráronle en un cuarto, y le dieron cruellísimos azotes, saltando el santo interiormente de alegría, viendo cumplidos sus deseos con aquella amarguísima penitencia. Hubiera durado mas, si noticioso el maestro Avila del lastimoso estado en que se hallaba su penitente, no le hubiera mandado cesar en aquel género de mortificacion, ordenándole que cesase tambien en su aparente demencia.

Obedeció Juan, y su repentina mudanza hizo conocer á todos el verdadero motivo de aquella asombrosa humillacion. Quedaron todos atónitos; pero nada los edificó tanto como la heroica caridad con que se quedó en el mismo hospital para cuidar los enfermos.

Como la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen era cada día mayor, hizo una romería al santuario de nuestra Señora de Guadalupe, donde al calor de las singulares gracias que recibió crecieron mucho los incendios de su caridad; y por consejo de su santo director el maestro Avila, prometió á Dios pasar toda la vida en servicio de los pobres.

Vuelto á Granada, alquiló una casa donde recogió todos los enfermos abandonados y todos los pobres que encontraba por las calles. Viendo el caritativo cuidado que tenía de ellos, y el socorro espiritual y temporal que les solicitaba, se animó tanto la caridad del pueblo y de la nobleza, que en poco tiempo fué aquella primera casa la admiracion de toda la ciudad.

En ella tuvo principio la religion de la hospitalidad, que en estos últimos tiempos ha suscitado Dios para renovar en la persona de sus hijos la mas fervorosa y la mas edificativa caridad de los primitivos siglos de la Iglesia. Confirmó esta religion tan útil al bien comun el santo pontífice Pio V, el año de 1572, y en breve tiempo se propagó y extendió hasta los últimos ángulos del mundo cristiano, siendo edificacion y asombro de los fieles por la asistencia espiritual y temporal con que consuela á tantos infelices desvalidos.

Mientras tanto aquel primer asilo de los pobres pasó á ser en pocos años, por el zelo y por la caridad de nuestro santo, el mas grande y el mas famoso hospital de toda Europa. No es posible explicar el afan, los cuidados, el desvelo que le costó criar, digámoslo así, aquella grande obra, sin otros fondos que los de la Providencia. Servia dia y noche á los enfermos con inmensa fatiga, barria las salas, hacía las camas, curábales las heridas, asistíalos, consolábalos, instruíalos, nada perdonaba su vigilante zelo, su ardentísima caridad. Vino á ver el nuevo hospital el señor arzobispo de Granada, y quedó tan gustoso y satisfecho, que lo tomó debajo de su proteccion, queriendo tambien contribuir á lo que en él se gastaba. Todo estaba maravillosamente dispuesto y prevenido; la limpieza de las salas, el orden en el modo de servir, la abundancia de muebles y de las provisiones, la caridad, la modestia y la paciencia de los que, movidos del ejemplo del hermano Juan, concurrían debajo de su obediencia á asistir á los enfermos.

Pero no se limitaba precisamente á su hospital la universal dilatacion de su inmensa caridad. Extendíase á todos los pobres vergonzantes; socorria las necesidades de las doncellas pobres, que por serlo

corria peligro su castidad; y con sus santas industrias sacaba del mal estado á las mujeres perdidas.

Despues que recibió algunos compañeros que le ayudasen en la caridad y en los trabajos, él mismo salia con la talega á pedir limosna para sus pobres. Cierta aire de santidad, que naturalmente respiraban sus palabras y modales, y hasta el mismo desaliño del vestido, le grangeaba la veneracion universal. La fórmula ordinaria con que pedia, era esta: *Tened, hermanos, caridad con vosotros mismos, y haced bien por amor de Dios.*

Pero aunque era generalmente venerado de todos, no por eso dejaban de producirle muchas ocasiones de padecer y de humillarse su caridad y su zelo. Pidiendo en cierta ocasion limosna para su hospital á un hombre disoluto, en vez de limosna le dió una recia bofetada. El santo con admirable paciencia y dulzura le presentó el otro carrillo; accion que no solo confundió, sino que fué bastante para convertir á aquel hombre arrebatado.

Aunque eran excesivos sus trabajos, no por eso era menor su rigurosa penitencia. Dormía en el suelo sobre una estera, sirviéndole de almohada una dura piedra; ayunaba todos los viernes á pan y agua, y los demás dias se mantenía con solas legumbres; de manera, que su vida era un perpetuo ayuno. Andaba siempre con los piés descalzos y con la cabeza descubierta á todas las inclemencias; su vestido era siempre el que traía el mas vil y andrajoso de entre los pobres, á quien diera el suyo; y en medio de una vida tan mortificada, se acusaba continuamente de que era muy regalona.

Hallábase á la sazón presidente de la chancillería de Granada el señor obispo de Tuy; y conversando un dia con el hermano Juan, le preguntó cuál era su apellido. El santo le respondió con sinceridad y con

modestia : El niño Jesus, que se me apareció camino de Gibraltar, me llamó *Juan de Dios*. Pues *Juan de Dios te llamarás de aquí adelante*, le respondió aquel prelado ; y porque la decencia cristiana hace mas amable la virtud, quiero que desde hoy dejes esos andrajos, que quizá serian causa de que muchos se desviasen de tí. Yo te he mandado hacer el hábito que te conviene, y es mi voluntad que te lo pongas, y en adelante lo traigas. Admitiólo el santo con humildad; y haciendo el obispo traer el hábito, lo bendijo y se lo vistió con su mano, siendo este el modelo del hábito que hoy día traen los religiosos de san Juan de Dios, llamados los hermanos de la caridad.

Aunque nuestro Juan parecia estar en una continua accion, se puede asegurar que no por eso era menos continua su oracion, porque jamás perdía á Dios de vista. Fué dotado del don de la contemplacion, y le favoreció el Señor con las mayores gracias, dispensándole tambien el don de profecia y el de los milagros. Jesucristo y la santísima Virgen le honraron muchas veces con su corporal presencia. Hallándose un día en oracion, vió á esta soberana Reina con una corona de espinas en la mano, que le dijo : *Juan, por las espinas y por los trabajos has de merecer la corona que mi Hijo te tiene reservada en el cielo*; y al mismo tiempo sintió agudísimos dolores; pero sin detenerse un punto, respondió lleno de amor y de ternura : *Señora, mis delicias serán los trabajos, y no quiero mas flores que las espinas de la cruz.*

Encontró un día en la calle á un pobre, que al parecer estaba para espirar; cargósele á las espaldas, llevóle al hospital, y metióle en la cama. Lavóle los piés; y al tiempo de besárselos como acostumbraba, reparó que los tenia taladrados al modo de un crucifijo; levantó los ojos para mirar al pobre, y conoció que era el mismo Cristo, el cual le dijo : *Juan, todo*

lo que haces con mis pobres, lo recibo yo como si lo hicieras á mi mismo; sus llagas son las mias, y lavas mis piés siempre que lavas los suyos. Dicho esto, desapareció la vision, y Juan se halló cercado de una llama tan resplandeciente, que asustados los enfermos, comenzaron á gritar : *Fuego! fuego! que se quemara el hospital!*

No daba paso hácia la caridad, que no fuese acompañado de grandes maravillas; pero al fin, como eran limitadas sus fuerzas, cedieron al rigor de sus penitencias y al trabajo de su perpetuo afan caritativo. Cayó malo; y viéndole doña Ana Osorio, mujer de don Garcia de Pisa, rodeado de pobres, que afligidos inconsolablemente por la pérdida de su amoroso padre, cercaban su humilde cama, penetrando su compasivo corazon con dolorosos alaridos, pidió licencia al arzobispo para llevarsele á su casa. Mandólo el prelado, y fué preciso á Juan obedecer, no obstante la repugnancia que sentia en morir fuera de su amado hospital. El mismo arzobispo le administró los sacramentos, que recibió con tanta devocion, que se la comunicaba á los presentes. Tomó de su cuenta aquel piadosísimo prelado el mantener sus hospitales, y pagar las deudas que habia contraido para sustentar á los pobres. Finalmente el día 8 de marzo de 1550, conociendo Juan que se acercaba la hora de su dichoso tránsito, pidió que le dejasen solo : salieron del cuarto los que le asistian; levantóse de la cama, hincóse de rodillas, abrazóse con un crucifijo, y diciendo estas amorosas palabras : *Jesus, Jesus, en vuestras manos encomiendo mi espíritu*, entregó su alma en las de su Criador. Al oír dichas palabras, los que se habian retirado, entraron en el cuarto, y le encontraron muerto. Quedóse el santo cadáver de rodillas, y sin arrimo, hasta que le sacaron de allí para amortajarle. Cumplia entonces nuestro santo cincuenta y cinco

años, siendo muy digno de notarse que hubiese muerto el mismo día que nació. Concurrió á su entierro el señor arzobispo vestido de pontifical, con todo el clero secular y regular; el cadáver lo llevaban alternativamente los religiosos de san Francisco y los Mínimos; rodeábanlo veinte y cuatro jurados de la ciudad, y cerraba la pompa fúnebre el presidente con toda la chancillería, yendo despues en el acompañamiento toda la nobleza con una increíble multitud de pueblo.

Duraron sus solemnísimas exequias por espacio de nueve días, en cada uno de los cuales se pronunció una oracion fúnebre en elogio de sus heróicas virtudes. Los continuos milagros que obró el Señor para acreditar la virtud de su fiel siervo, determinaron al papa Urbano VIII, habiendo precedido largas informaciones, á expedir la bula de su beatificacion el año de 1630, y en el de 1690 el papa Alejandro VIII hizo la ceremonia de su canonizacion con grande solemnidad en la iglesia de san Pedro.

Veinte años despues de la muerte de san Juan de Dios, habiéndose abierto su sepultura de orden del arzobispo de Granada, se halló el santo cuerpo entero, y sin corrupcion, no habiendo sido embalsamado. El año de 1660, Felipe IV, rey de España, á instancia de su hermana doña Ana de Austria, reina de Francia, obtuvo un hueso del brazo derecho de nuestro santo para el hospital de la Caridad de París, el que envió á su serenísima hermana engastado en un preciosísimo relicario, y fué llevada la santa reliquia á la iglesia del hospital con devocion, pompa y solemnidad extraordinaria.

SAN JULIAN, ARZOBISPO DE TOLEDO.

San Julian, celeberrimo en santidad y elocuencia, para hablar con las voces mismas de que se sirve el martirologio romano en su elogio, modelo el mas perfecto de los prelados eclesiásticos, uno de los ornamentos mas brillantes del orden episcopal, y gloria inmortal de su patria, nació en la imperial ciudad de Toledo. Criaronle sus padres en el santo temor de Dios; pero su bello natural é inclinacion á lo bueno facilitaron mas que todo el grande efecto que se siguió á su educacion. Hábiale prevenido Dios con todas las disposiciones de naturaleza y gracia para los eminentes designios á que le destinaba su providencia. Su ingenio vivo, sólido y fecundo; su superior capacidad para las ciencias; su corazon noble, dócil y generoso; sus modales gratas, cultas y apacibles; su sumo horror al pecado; su piedad, su dulzura y las sublimes ideas de virtud sobre que formaba las costumbres, que le hacian tanto mas recomendable que sus talentos, fueron indicios nada equívocos de su futura santidad. Adornado con todas estas sobresalientes cualidades, hizo Julian admirables progresos, tanto en la virtud como en las letras, en la escuela de san Eugenio III, arzobispo de Toledo; é incorporado en el clero de aquella santa iglesia, con el objeto de servir al Señor en este estado, contribuyó no poco para sus adelantamientos la estrecha amistad que contrajo con el diácono ó arcediano Guidila, que era reputado en su tiempo por una de las personas de conocida piedad y sobresaliente mérito. El amor á la virtud, la semejanza en las costumbres, la uniformidad en los dictámenes, hicieron indisoluble hasta la muerte el vínculo